

[Publicado previamente en: M.<sup>a</sup> J. Hidalgo (ed.), *La Historia en el contexto de las ciencias humanas y sociales. Homenaje a Marcelo Vigil Pascual*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1989, 97-121 (luego en J.M.<sup>a</sup> Blázquez, *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*, Madrid 1998, 221-255). Editado aquí en versión digital por cortesía del autor y del primer editor, con la paginación original].

## El monacato de los siglos IV, V y VI como contracultura civil y religiosa

José María Blázquez Martínez

El monacato de los siglos IV, V y VI fue un fenómeno de una extraordinaria importancia no sólo desde el punto de vista religioso, sino incluso social y económico <sup>1</sup>. Significó también en opinión nuestra un rechazo del cristianismo oficial, vinculado desde el edicto de Milán con el Estado Romano, y con la escala de valores que defendía la sociedad de este Estado <sup>2</sup>. Con este trabajo queremos rendir justo homenaje al prof. M. Vigil, de la Universidad de Salamanca, con el que me unió una gran amistad, que ha durado más de 30 años, desde los tiempos de nuestro estudio en la Universidad Complutense de Madrid. Sé muy bien que un estudio de este tipo le hubiera agradado mucho, ya que él siempre demostró gran sensibilidad para los estudios del Bajo Imperio. Para el presente estudio hemos utilizado las siguientes fuentes:

1.º) Vidas de San Martín, de Hilarión y de Paula. Se maneja la edición de la vida de estos tres santos, publicada por A. A. R. Bastiaensen y Jan. W. Smith: *Vite dei santi a cura di Christine Mohrmann. Vita di Martirio, Vita di Ilarione. In memoria di Paola*. A Mondadore editore, 1975. También se consulta la excelente otra de J. Fontaine, *Sulpice Sévère, Vie de Saint Martin*, París 1967.

2.º) G. J. M. Bartelink, *Palladio. La Storia Lausiaca*. A. Mondadori editore, 1974.

3.º) D. Gorce, *Vie de Sainte Mélanie*, París 1962.

4.º) A. J. Festugière, *Les moines d'Orient, I-IV*, París 1961-1965.

<sup>1</sup> Baste recordar las páginas escritas sobre este tema por P. BROWN, «The Rise and Function of the Holy Man», *JRS*, 61, 1972, 97 ss. Id., «From the Heaven to the Desert: Antony and Pachomius», *The Making of Late Antiquity*, Harvard 1981, 81 ss.; Id., *Society and the Holy in Late Antiquity*, Londres 1982.

<sup>2</sup> Sobre la sociedad del Bajo Imperio, en la que crece el monacato, véase: S. STEIN, *Histoire du Bas Empire, I. De l'État romain à l'État Byzantin (284-476)*, París 1956. L. LOT, *La Fin du monde antique et les débuts du Moyen Age*, París 1968. S. Mazzarino, *L'impero romano*, Roma 1962. Id., *La fine del mondo antico*, Milán 1959; Id., *Aspetti sociali del quarto secolo*, Roma 1951; Id., *Antico, tardoantico ed età constantiniana*, Roma 1974. A. H. JONES, *The Later Roman Empire (284-602)*, I, Oxford 1964. A. CHASTAGNOL, *La fin du Monde Antique*, París 1976. J. VOGT, *The Decline of Rome: The Metamorphosis of Ancient Civilization*, Londres 1967. P. BROWN, *The Making of Late Antiquity*. Sobre el espíritu del Bajo Imperio, véase: K. WEITZMANN et alii, *Age of Spirituality*, Nueva York 1980. P. BROWN, *The Conversion of Western Europe (350-750)*, Englewood Cliff 1970; Id., «Approaches to the Religions Crisis of the Third Century A.D.», *E.H.R.*, 83, 1968, 542 ss. J. LASSUS, *The Early Christian and Byzantine World*, Londres 1976. A. H. M. JONES - J. R. MARTINDALE - J. MORRIS, *The Prosopography of the Later Roman Empire*, Cambridge 1971. J. F. MATHEWS, *Western Aristocracies and Imperial Court*, Oxford 1975. A. D. MOMIGLIANO et alii, *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford 1963. E. R. DODDS, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, Cambridge 1965.

Constantino traspasó todos los privilegios de que gozaba la religión romana a la cristiana<sup>3</sup>, que sin convertirse ésta de momento en la única religión oficial del Estado Romano, vio equiparada su situación de hecho con la pagana. Muchos de estos privilegios han llegado hasta nuestros días. Ni Cristo, ni los apóstoles, ni el cristianismo primitivo, habían nunca solicitado estos privilegios. Los apologistas, a partir del siglo II, lo único que habían pedido al Estado Romano era la absoluta libertad de culto. Ya el gran Orígenes, el fundador de la teología cristiana, intuyó que llegaría un día en el que el Imperio sería cristiano, que entonces el cristianismo se acomodaría al Imperio y que perdería mucho de su pureza y vigor primitivo. En realidad, la pérdida del espíritu evangélico comenzó antes del edicto de Milán. Eusebio, en su *Historia Eclesiástica* (8.1.7), al referirse a las causas de la gran persecución de Diocleciano, pinta la desastrosa situación a que había llegado la Iglesia, como resultado de la prolongada paz de que había disfrutado, desde los años del gobierno de Galieno, que había restituido a la Iglesia todos los bienes confiscados por su padre Valeriano. La paz y la riqueza habían corrompido a la Iglesia, que había perdido totalmente el espíritu evangélico. Eusebio acusa a los cristianos, sobre todo a sus jefes, de orgullo, de envidia, de hipocresía, y de luchas de unos contra otros.

Dios no había encontrado otro medio de regeneración que la persecución, que fue la más sangrienta de todas y la más larga. Las luchas de unos obispos contra otros fueron tan sangrientas a veces que hubo hasta 130 muertos, como cuando la elección a obispo de Dámaso. El prefecto de Roma, Vetio Agorio Pretextato, desterró al rival de Dámaso, Ibibino.

La sociedad romana del Bajo Imperio continuó siendo una sociedad urbana. El capital de las grandes familias del Imperio era agrícola. La agricultura durante todo el Mundo Antiguo fue la base de la economía. Los grandes latifundios estaban repartidos por todo el Imperio. Baste recordar unos cuantos datos. Melania la joven, de origen hispano, tenía posesiones en Hispania, Campania, Sicilia, África, Mauritania, Bretaña y en otros países (Geron. *VM* 11), dato confirmado por Palladio (*HL* 61.5), que cita también posesiones en Aquitania, en la Tarraconense y en la Galia. De su primo Petronio Probo escribe el historiador Ammiano Marcelino (27.11.1) que «poseía fincas en casi todas las regiones del Mundo Romano». Los ingresos anuales de Melania los calcula su biógrafo Geroncio (*VM* 15) en 12.000 sólidos áureos, suma a la que hay que añadir los ingresos de su esposo, Piniano, que ascenderían a otro tanto. Estos ingresos explican la cifra muy

G. DRAGON, «Les moines de la ville: le monachisme à Constantinople jusqu'au concile de Chalcédoine (451)», *Travaux et mémoires*, 4, 1970, 229 ss. P. ROUSSEAU, «The Spiritual Authority of the 'Monk-bishop': Eastern Elements in Some Western Hagiography of the Fourth and Fifth Centuries», *JTS*, 22, 1971, 380 ss. F. X. MURPHY, «Melania the Elder. A Biographical Note», *Traditio* 5, 1947, 59 ss. R. TEJA, *Organización económica y social de Capadocia en el siglo IV, según los Padres Capadocios*, Salamanca 1979. C. E. STEVENS, «Agriculture and rural life in the Later Roman Empire», *The Cambridge Economic History*, I, 1942, 92 ss. J. FONTAINE, «Valeurs antiques et valeurs chrétiennes dans la spiritualité des grandes propriétaires terriens à la fin du IV<sup>e</sup> siècle occidental», *Epektasis*, París 1972, 571 ss. Sobre Siria: G. TCHALENKO, *Villages Antiques de la Syrie du Nord*, I-III, París, 1953. W. H. C. FRENCH, «Paulinus of Nola and the Last Century of the Western Empire», *JRS*, 59, 1959, 1 ss. C. H. COSTER, *Paulinus of Nola. Late Roman Studies*, Harvard 1968, 183 ss. E. PATLAGEAU, «A Byzance, ancienne hagiographie et histoire sociale», *Annales*, 23, 1968, 106 ss.

<sup>3</sup> J. GAUDEMET, *L'Église dans l'Empire romain (quatrième-cinquième siècles)*, París 1958; Id., *La quatrième et cinquième siècles*, París 1957. Sobre la iglesia de Roma es totalmente fundamental C. PIETRI, *Roma Christiana*, París 1977.

elevada de las limosnas, que hicieron Melania y su esposo, Piniano, que D. Gorce<sup>4</sup> calculó en unos 40.000 sólidos áureos. Palladio (*HL* 61.4) afirma que envió a Egipto y a la Tebaida 10.000 denarios; a Antioquía, y a las regiones dependientes de ella, y a Palestina 15.000; 10.000 a las iglesias de las islas y a los desterrados de sus sedes, y otro tanto a las iglesias de Occidente.

Una vez, Melania (Geron. *VM* 17) habla de una suma de 45.000 libras de oro repartidas a los pobres y a los santos. Se conoce un documento precioso sobre los ingresos de unas fincas sicilianas, que según la traducción de Chastagnol, dice así:

«Pour le patrimoine de Sicile, voici ce que chaque *conductor* doit donner chaque année, au titre de la douzième indiction sous le consulat des clarissimes Maximus pour la seconde fois et Paterius, Bonifatius assurant la coneccte en présence du tribun Pyrrus:

*Massa Emporitana*, par les soins de Zosime et Cuprion, 756 *solidi*.

*Fundus Anniana* ou *Myrtus*, par les mêmes, 147 *solidi* et... de blé et d'orge, comme il était fourni auparavant au fisc barbare, 75 *solidi*.

*Fundus Aparae*, par les mêmes, 52 *solidi*.

*Fundus Callius*, collecté par Sisinnius, 200 *solidi*.

*Massa Fadilianensis*, par Sisinnius, 445 *solidi*.

*Massa Cassitana*, par Eleuthérion, Zosime et Eubodus, 500 *solidi*.

Au total, doivent être apportés de la douzième indiction: 2.175 *solidi*.

Au titre de la treizième indiction, sous le consulat de notre seigneur Théodose Auguste pour la dix-huitième fois et du clarissime Albinus (444), doivent être apportés par le susdit Pyrrus: 2.175 *solidi*. Ce qui fera pour tout ce qui aura été apporté par le tribun Pyrrus pour la douzième et la treizième indiction: 4.350 *solidi*, et pour les arriérés de Zosime selon la lettre rapport du tribun Pyrrus: 1.800 *solidi*. Ce qui fait au total, tant pour le paiement de la douzième et de la treizième indiction que pour les arriérés de Zosime, à verser par le tribun Pyrrus dans le compte de notre illustre seigneur Lauricius: 6.150 *solidi*.

Sur cette somme, on apporte à Ravenne: 2.716 *solidi*... En divers... d'après la compte fourni par le même et dont in faudra discuter la loyauté: 1.000 *solidi*. Sur les revenus des *Massae Cassitana et Emporitana* pour la douzième et la treizième indiction, il a distribué, sur les 1.807 *solidi* d'une seule indiction, avec la sportule et les détaxes compensatoires: 500 *solidi*. Au total, ce que le tribun Pyrrus a apporté et a distribué: 4.216 *solidi*. Reste ce que le tribun Pyrrus doit apporter sur les 6.150 *solidi*, soit: 1.934 sous d'or.

En outre, comme dette d'Eleuthérion, il faut rechercher 2.174 *solidi* s'il a fait ou apporté quelque chose par lui-même. Quant à la... de Tranquillus, qu'il a arrachée à Sisinnius, de 1.811 *solidi*, il est clair que, par négligence, il ne l'a pas exigée, si bien que Sisinnius a pu prouver, au témoignage des *conductores* de l'église de Ravenne, qu'il avait transmis les *solidi* reçus pour sa part propre». Papiro de Ravenna, 1 (ed. J. O. Tjäder, t. I, 172-178).

El dueño era el senador de Ravenna, Lauricius, que era un absentista, como tantos otros. Los ingresos son de los años 445-446.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, 158.

Olimpiodoro, entre los años 430 y 440 (*Fragm.* 43 y 44), describe bien los ingresos de las principales familias romanas: «Cada una de las grandes casas de Roma tiene todo lo que podía tener una villa de poca importancia: un hipódromo, foro, templos, fuentes y diversos baños. Una casa sola era una villa. Muchas casas romanas recibían de sus dominios un ingreso anual de 4.000 libras de oro, sin contar el trigo, el vino y otros productos, que una vez vendidos, constituían un tercio de la cantidad de oro. Las casas de Roma, que después de las primeras, ocupaban el segundo rango, tenían un ingreso de 1.500 a 1.000 libras de oro. Probo, el hijo de Olibrio, cuando fue pretor en tiempos de la tiranía de Juan (entre 423 y 435) obtenía 1.200 libras de oro; el orador Símmaco, senador modesto, recibía por su parte 2.000 libras de oro, cuando su hijo desempeñó la pretura antes de la caída de Roma. Máximo, uno de los ricos, pagó 4.000 libras por la pretura del hijo. Los pretores daban juegos durante 7 días».

Paulino de Nola y su esposa hispana, Therasia, que practicaron el ascetismo también, eran dueños de grandes extensiones de terreno, propiedad suya, que vendieron (*Aus. Ep.* 25.15; *Sev. VM.* 25.4). Las mansiones de estos aristócratas eran verdaderos museos repletos de obras de arte (*Geron. VM.* 14), como lo fue la casa de Lasso en Constantinopla, quemada durante el gobierno de los emperadores bizantinos León y Basilio, que conservaba el Zeus crisoelefantino de Olimpia, obra de Fidias, y la Afrodita de Cnido de Praxíteles. Sidonio Apolinario ha dejado unas bellas descripciones del lujo de las veas, en que habitaba la aristocracia galo-romana.

El primer poema, data del año 465, describe la finca de Pontino Leontinus en Bourysur-Gironde, y el segundo, fechado en el mismo año, la villa del propio poeta en Aydad, llamada *Avitacum*. *Es locus, irrigua qua rupe, Garunna, rotata, et tu qui simili festinus in aequora lapsu exis curvata, Durani muscose, saburra, iam pigrescentes sensim confunditis amnes. currit in adversum hic pontus multoque recursu flumina quas volvunt et spernit et expetit undas. at cum summotus lunaribus incrementis ipse Garunna suos in dorsa recolligit aestus, praecipiti fluctu raptim redit atque videtur in fontem iam non refluxus sed defluus ire. tum recipit laticem quamvis minor ille minorem stagnanti de fratre suum, tugescit et ipse Oceano propriasque facit sibi litora ripas. hos inter fluvios, uni mage proximus undae, est aethera mons rumpens alta spectabilis arce, plus celsos habiturus eros vernamque senatum. quem generis princeps Paulinus Pontius olim, cum Latius patriae dominabitur, ambiet altis moenibus, et celsae transmittent aera turre; quarum culminibus sedeant commune micantes pompa vel auxilium; non illos machina muros, non aries, non alta strues vel proximus agger, non quae stridentes torquet catapultae molaes, sed nec testudo nec vinca nec rota currens iam positae scalis umquam quassare valebunt, cernere iam videor quae sint tibi, Burge, futura (diceris sic); namque domus de flumine surgunt splendentesque sedent per propugnacula thermae. hic cum vexatur piceis aquilonibus aestus, scrupus asprata latrare crepidine pumex incipit; at fractis saliens e cautibus altum excutitur torrens ipsisque aspergine tectis impluit ac tollit nautas et saepe iocoso ludit naufragio; nam tempestate peracta destituit refluens missas in balnea classes. ipsa autem quantis, quibus aut sunt fulta columnis! cedat puniceo pretiosus livor in antro Synnados, et Nomadum qui portat ebúrnea saxa collis et herbosis quae vernat marmora venis; candentem iam nolo Paron, iam nolo Caryston; vilior est rubro quae pendet purpura saxo.*

*Et ne posteritas dubitet quis conditor extet, fixus in introitu lapis est; hic nomina signat auctorum; sed propter aqua, et vestigia pressa quae rapit et fuso detergit gurgite caenum. sectilibus paries tabulis crustatus ad aurea tecta venit, fulvo nimis abscondenda metallo;*

*nam locuples fortuna domus non passa latera divitias prodit, cum sic sua culmina celat. haec post assurgit duplicemque supervenit aream porticus ipsa duplex, duplici non cognita plaus-tro; quam rursum molli subductam vertice curvae obversis paulum respectant cornibus alae ipsa diem natum cernit sinuamine dextro, fronte videns medium, laevo visura cadentem. non perdit quicquam trino de cardine caeli et totum solem lunata per atria servat. sacra tridentiferi Iovis hic armenta profundo Pharnacis immergit genitor; percussa securi corpora cornipedum certasque rubescere plagas sanguineo de rore putes; stat vulneris horror verus, et occisis vivit pictura quadrigis. Ponticus hic rector numerosis Cyzicon armis claudit; at hinc sociis consul Lucullus opem fert, compulsusque famis discrimina summa subire invidet obses-so miles Mithridaticus hosti. enatat hic pelagus Romani militis ardor et chartam madido transportat corpore siccam.*

*Desuper in longum porrectis horrea tectis crescunt atque amplis angustant fructibus aedes. huc veniet calidis quantum metit Africa tennis, quantum vel Calaber, quantum colit Apulus acer, quanta Leontino turgescit messis acervo, quantum Mygdonio committunt Gargara sulco, quantum quae tacitis Cererem venerata choreis, Attica Triptolemo civi condebat Eleusin, cum populis hominum glandem linquentibus olim fulva gruge data iam saecula fulva perirent. porticus ad gelidos patet hinc aestiva triones; hinc calor innocuus thermis hiemalibus exit atque locum in tempus mollit; quippe illa rigori pars est apta magis; nam quod fugit ora Leonis, inde Lycaoniae rabiem male sustinet Vrsae. arcis at in thermas longe venit altior amnis et cadit in montem patulisque canalibus actus circumfert clausum cava per divortia flumen. occiduum ad solem post horrea surgit opaca quae dominis hiberna domus: strepit hic bona flamma appositas depasta trabes; sinuata camino ardentis perit unda globi fractoque flagello spargit lentatum per culmina tota vaporem. continuata dehinc videas quae conditor ausus acmula Palladiis textrina educere templis. hac Celsi quondam coniunx reve-renda Leonti, qua non ulla magis nurus umquam Pontia gaudet inlustris pro sorte viri, celebrabitur aede vel Syrias vacuasse colus vel serica fila per cannas torsisse leves vel stamine fulvo praegnantis fusi mollitum nesse metallu. parietibus posthinc rutilat quae machina iunctis fert recutitorum primordia Iudaeorum. perpetuum pictura micat; nec tempere longo depre-tiata suas turpant pigmenta figuras.*

*Flecteris ad laevam: te porticus accipit ampia directis curvata viis, ubi margine summo pendet et artatis stat saxea silva columnis. alta volubilibus patet hic cenatio valvis; fusilis euripus propter; cadit unda superne ante fores pendente lacu, venamque secuti undosa inve-niunt nantes cenacula pisces. comminus erigitur vel prima vel extima turris; mos erit hic dominis hibernum sigma locare, huius conspicuo residens in culmine saepe dilectum nostris Musis simul atque capellis aspiciam montem; lauri spatiabor in istis frondibus, hic trepidam. credam mihi Daphnen. iam si forte gradus geminam convertis ad Arcton ut venias in templa dei qui maximus ille est, Poem. XXIII 101-219.*

*Avitaci sumus: nomen hoc praedio, quod, quia uxorium, patrio mihi dulcius: haec mihi cum meis praesule deo, nisi quid tu fascinum verere, concordia, mons ab occasu, quamquam terrenus, arduus tamen inferiores sibi colles tamquam gemino fomite effundit, quattuor a se circiter iugerum latitudine abductos, sed donec domicilio competens vestibuli campus aperitur, mediam vallem rectis tractibus prosequuntur latera clivorum usque in marginem villae, quae in Borean Austrumque conversis frontibus tenditur. 4. balineum ab Africo radicibus nemorosae rupis adhaerescit, et si caedua per iugum silva truncetur, in ora fornacis lapsu velut spontaneo deciduis struibus impingitur, hinc aquarum surgit cella coctilium, quae con-sequenti unguentariae spatii parilitate conquadrat excepto solii capacis hemicyclo, ubi et vis*

*undae ferventis per parietem foraminatum flexilis plumbi meatibus implicita singultat. intra conclave succensum solidus dies et haec abundantia lucis inclusae ut verecundos quosque compellat aliquid se plus putare quam nudos. 5. hic frigidaria dilatatur, quae piscinas publicis operibus exstructas non impudenter acumularetur. primum tecti apice in conum cacuminato, cum ab angulis quadrifariam concurrentia dorsa cristarum tegulis interiacentibus imbricarentur (ipsa vero convenientibus mensuris exactissima spatiositate quadratur, ita ut ministeriorum sese non impediendo famulatu tot possit recipere sellas quot solet sigma personas), fenestras e regione conditor binas confinio camerae pendentis admovit, ut suspicientum visui fabrefactum lacunar aperiret. interior parietum diliciis redolent iunctis apotheca penusque; hic multus tu, frater, eris. facies solo levigati caementi candore contenta est. 6. non hic per nudam pictorum corporum pulchritudinem turpis prostat historia, quae sicut ornat artem, sic devenustat artificem. absunt ridiculi vestitu et vultibus histriones pigmentis multicoloribus Philistionis supellectilem mentientes. absunt lubrici tortuosique pugilatu et nexibus palaestriatae, quorum etiam viventum luctas, si involvantur obscenius, casta confestim gymnasiarchorum virga dissolvit. 7. quid plura? nihil illis paginis impressum reperietur quod non vidisse sit sanctius. pauci tamen versiculi lectorem adventicium remorabuntur minime improbo temperamento, quia eos nec relegisse desiderio est nec perlegisse fastidio, iam si marmora inquiras, non illic quidem Paros Carystos Proconnesos, Phryges Numidae Spartiatae rupium variatarum posuere crustas, neque per scopulos Aethiopicos et abrupta purpurea genuino fucata conchylio sparsum mihi saxa furfurem mentiuntur. sed etsi nullo peregrinarum cautium rigore ditamur, habent tamen tuguria seu mapalia mea civicum frigus. quin potius quid habeamus quam quid non habeamus ausculta. 8. huic basilicae appendix piscina forinsecus seu, si graecari mavis, baptisterium ab oriente conectitur, quod viginti circiter modiorum milia capit. huc elutis e calore venientibus triplex medii parietis aditus per arcuata intervalla vulgare iubar, quamquam non procul nemus: ingentes tiliae duae conexis frondibus, fomitiibus abiunctis unam umbram non una radice conficiunt, in cuius opacitate, cum me meus Ecdicius inlustrat, pilae vacamus, sed hoc eo usque, donec arborum imago contractior intra spatium ramorum recussa cohibeatur atque illic aleatorium lassis consumpto sphaeristorio faciat (Ep. II, 2, 3-15).*

En las obras de Ausonio y en Paulino de Pella (Euch. *Praef.* 3) se leen descripciones parecidas. A. Carandini <sup>5</sup> ha calculado la extensión de Piazza Armerina en Sicilia en más de 15.000 Ha. y la próxima villa de nombre Calvisiana entre 10.000 y 15.000 Ha.

Una villa de Melania, que debía estar en Sicilia, enfrente de Calabria, tenía 70 habitaciones. Estaba decorada con mármoles. Las rentas que obtenía de ella, eran innumerables. Estaba situada junto al mar y al lado de un bosque, donde pastaban jabalíes, ciervos, gamos y otros animales. Tenía una piscina desde la que se contemplaba por un lado los barcos llevados por el viento y por otro los animales salvajes en el bosque (Geron. *VM*, 18). Llevaban estos aristócratas generalmente vestidos de seda y otros de gran precio (Geron. *VM* 4, 11, 31). Geroncio (*VM* 19) escribe « regaló a las iglesias y monasterios, vestidos de seda, en gran número, y de gran valor, objetos de plata, que poseían en gran cantidad, de las que hicieron altares, joyas de iglesias, y gran número de lámparas». A la iglesias del obispo, Alipio, de Thagaste, que era muy pobre, donó joyas de oro y plata, y velos de gran precio (Geron. *VM* 21). La rica Olimpia, aristócrata de Constantinopla,

<sup>5</sup> *Filosofiana, The Villa of Piazza Armerina. The Image of a Roman aristocrat of the time of Constantine*, Palermo 1982, 15 ss.

e hija espiritual de Crisóstomo (Pall. *HL* 61, 3), también regaló a los altares sus vestidos de seda. Paulino de Nola (*Carm.* 18, 29-32) alude en su poesía a los velos muy ricos en diversas tonalidades, cubiertos de figuras en color.

Prudencio en su *Hamartigenia* (267-305) ha descrito bien el lujo de la sociedad romana. Escribe así el poeta hispano:

«Pues como si la mano del Señor le hubiera dado un rostro imperfecto y necesitara perfeccionarlo, se ciñe la frente con diademas de margaritas y rodea su cuello con sartas de pedrería, o cuelga de sus orejas las pesadas esmeraldas. Entreteje las perlas con sus sedosos cabellos y moldea su peinada cabellera con cadenas de oro. Da asco pensar todos los arrequives con que se ornan las matronas y con los objetos que inficionan la figura recibida de Dios, de forma que el cutis, embadurnado con tantos ungüentos, pierde su frescor natural y no puede conocerse ya cuál había sido. Esto hace el sexo débil, cuya alma fluctúa fácilmente por el ardor de los vicios en su pequeño corazón.

¿Qué diremos si el mismo cabeza y rey de la mujer, que gobierna la parte débil arrancada de su cuerpo, que tiene bajo su mando el vaso tierno de la esposa, se desata también en lujos?

Podrías ver a los antiguos héroes afeminarse por el lujo a quienes el Criador había dado unos miembros fuertes y había aplicado a sus huesos unos músculos de hierro. Pero se avergüenzan de ser hombres. Buscan también sus vanidades para bien parecer, para debilitar su virilidad congénita. Se gozan de tomar vestidos ondeantes no de lana de las ovejas, sino de los despojos entretejidos de los árboles orientales (seda) y encubrir con tejidos finísimos su duro cuerpo. Se añade a esto el arte, por la que los hilos, teñidos de varios colores, forman multitud de figuras con su diverso estambre. Y según es de fino al tacto cada uno de los tejidos, así se adorna y recama. Verás a éste comprar en rauda carrera las túnicas lascivas, o tejiendo con nuevas telas los vestidos, hechos de plumas de ave de diverso color; a aquél, redomado en pinturas olorosas y perfumes peregrinos, dejar impregnado el ambiente con olores femeniles. La lujuria domina toda la virilidad de nuestra vida, aposentándose en los cinco sentidos que nos dio el Creador.

Para los oídos, para los ojos, para las narices y para el paladar buscamos las delicias del arte corrompido. El mismo tacto, que se extiende en todo el cuerpo, busca también objetos tiernos y calientes».

Paciano, obispo de Barcino, en su tratado sobre la exhortación o la penitencia (10) describe en los siguientes términos la vida de sus feligreses:

«¿Dónde está vuestro tormento corporal? ¿Acaso en vuestra penitencia, cuando os presentáis siempre más lucidos, después de hartaros en los banquetes, de acicalaros en los baños y de estudiar la caída de vuestros vestidos? Tengo presente a un hombre, que fue antaño virtuoso, pobretón, harapiento con su túnica grosera: ahora anda muy elegante, es rico y brilla; como si quisiera echar a Dios la culpa de no haberle podido servir, como si quisiera recrear su alma moribunda con el deleite de sus miembros. Menos mal que somos personas de la clase media; si no, también haríamos aquellas cosas que no ruborizan a algunos y algunas del mundo más refinado, habitaríamos palacios de mármol, iríamos cargados de oro, arrastraríamos sedas, nos pintaríamos con carmín. Si algún polvillo oscuro realza las cejas, si algún esmalte engañoso da color a las mejillas, si algún arrebol artificial, suaviza los labios, es posible que nada de esto tengáis: sin embargo, no os faltan

lugares de reposo en medio de parques, o a orillas del mar, ni vinos exquisitos, ni espléndidos banquetes, ni recreo para la vejez».

San Jerónimo, en el epitafio de Paula (15, 4), alude a la vida de su protegida antes de dedicarse al ascetismo: «Es necesario desfigurarse el rostro, que contra el precepto de Dios se ha pintado de rosa, de blanco y de antimonio. Es necesario castigar al cuerpo que se entregó a muchos placeres. La risa hay que compensarla con llanto ininterrumpido. Los tejidos suaves de lino y las sedas preciosas hay que cambiar por la rudeza del cilicio». En la Vida de Hipatio, escrita por Callinico (113), se mencionan también vestidos de seda, que debían ser muy corrientes.

En la tableta Albertini n. 1 se dan los gastos del *trousseau* de una casada. La dote consta de las cantidades siguientes: 8.000 folles en especie; una dalmática blanca africana: 2.000 folles; un *mafarsenum* (vestido, que cubría la cabeza y las espaldas): 400 folles; un echarpe: 150 folles; collares, brazaletes y anillos: 100 folles; un vestido de lino: 300 folles; una colussa (vestido de forma desconocida): 200 folles; una joya: 100 folles; zapatos de piel de toro: 150 folles; un equipo de tejer lana con conchas, pendientes y sandalias, zapatos y botas de piel de cordero: 150 folles. O sea 11.500 folles en total para la dote; más 500 folles para aumentar la dote. En total 12.000, que yo, Juliano, el esposo, he recibido. La arqueología confirma el lujo de las clases altas, e incluso medias, de la sociedad romana. El lujo en la corte era también verdaderamente escandaloso. Cuando Melania visitó a la emperatriz Serena, le regaló «joyas de gran precio, vasos de cristal, objetos anillos, objetos de plata, vestidos de seda, para ofrecer a los fieles eunucos, y a los cubicularios». De todo este lujo hay confirmación arqueológica. Baste recordar los vestidos de gran lujo y de varios colores, que debían ser estampados, bordados o pintados, de las diversas personas representadas en los mosaicos de Piazza Armerina, tanto varones, como mujeres, como el lampadario <sup>6</sup>; los trajes y los collares de gran tamaño con piedras preciosas y brazaletes de las damas y Nereidas <sup>7</sup> de esta villa. Estos vestidos y joyas eran corrientemente usados por los latifundistas, como lo prueban el mosaico de *Dominus Iulius* de Cartago <sup>8</sup> y la pintura de una dama de la catacumba de los Jordanes <sup>9</sup> o de la Virgen y el niño del cementerio romano <sup>10</sup> igualmente, o de la dama Dionysias, en el cementerio de Callisto <sup>11</sup>. Los ejemplos se podían multiplicar, como los vestidos y joyas del mismo tipo que los anteriores de la familia *Theoctecnus*, de la catacumba de San Genaro en Nápoles del siglo VI <sup>12</sup>, o las joyas de la pintura de Tréveris con dama y joyero <sup>13</sup>, etc. Los vidrios de lujo son bien conocidos en esta época tardoromana <sup>14</sup>. Un ejemplo excelente de la calidad de las vajillas de metales preciosos con figuras mitológicas en relieve son las piezas de los tesoros del Esquilino en Roma y de Mildenhall <sup>15</sup>. La

<sup>6</sup> A. CARANDINI *et alii*, *op. cit.*, fig. 37.

<sup>7</sup> A. CARANDINI *et alii*, *op. cit.*, figs. 82-83, 158-165, 200.

<sup>8</sup> W. DORIGO, *Late Roman Painting*, Londres 1971, fig. 146.

<sup>9</sup> W. DORIGO, *op. cit.*, fig. 164.

<sup>10</sup> W. DORIGO, *op. cit.*, lám. 21.

<sup>11</sup> W. DORIGO, *op. cit.*, fig. 22.

<sup>12</sup> BEAT BRENK *et alii*, *Spätantike und frühes Christentum*, Frankfurt 1973, fig. 63.

<sup>13</sup> R. BIANCHI BANDINELLI, *Rom. Das Ende der Antike*, Munich 1971, 197, fig. 167.

<sup>14</sup> R. BIANCHI BANDINELLI, *op. cit.*, 179 s., figs. 168-173, 268-269, 329.

<sup>15</sup> R. BIANCHI BANDINELLI, *op. cit.*, 100 s., 206, figs. 196-197. Otras vajillas en E. CRUIKSHAW DODD, *Byzantine Silverstamp*, Washington DC 1967; L. MATZULWITSCH, *Byzantine Antike, Studien auf Grund der Silbergefasse der Ermitage*, Berlin-Leipzig 1929, CH. DIHL, «L'école artistique d'Antioche et l'Argenterie syrienne», *Syria*, 2, 1921, 81 ss.; Id., «Un nouveau trésor d'Argenterie syrienne», *Syria*, 1926, 105 ss.



arquitectura de estas villas está bien representada en los mosaicos de Piazza Armerina <sup>16</sup> y del África Proconsular <sup>17</sup>. Son mansiones de gran lujo y espaciosas.

#### PROCEDENCIA DE LOS ASCETAS

A este tipo y a este género de vida verdaderamente fastuoso, renuncian los muchos aristócratas de ambos sexos y miembros de la rica sociedad romana, que se hicieron monjes, prácticamente el más riguroso ascetismo. Es suficiente recordar a Melania, que era de familia senatorial, y a su esposo consular (Geron. *VM* 1). El esposo de Melania, la Vieja, también dedicada al ascetismo, pertenecía a la *gens Valeria*, que puede identificarse con Valerio Máximo, senador romano de gran prestigio, que fue *praefectus Urbis*, en tiempos del emperador Juliano. Pammaquio, el amigo de San Jerónimo (*Ep.* 66), se dedicó con su esposa al ascetismo, y convirtió su espléndida morada en un verdadero centro hospitalario. Paula, la discípula de San Jerónimo, era descendiente de los Escipiones y de los Gracos (Hier. *In men. Paulae*, 3, 1). Pertenecía a la *gens Antonia*. De las grandes familias romanas procedían las damas que practicaban el ascetismo dentro de sus lujosas mansiones, dirigidas por San Jerónimo, sobre las que circulaban chistes maliciosos (Hier. *Ep.* 45), como Paola y Marcela <sup>18</sup>. Cuando San Jerónimo llegó a Roma en 383, funcionaban ya en la antigua capital del Imperio células ascéticas en muchas familias aristocráticas. Un grupo de mujeres se reunía en torno a Marcela, en el Aventino. Jerónimo (*Ep.* 127, 5) considera a esta dama como la introductora de la vida monástica en Roma. Ella y su madre Albina, convirtieron al ascetismo en su propia casa a Paula. Melania la mayor, también practicó el ascetismo (Pall. *HL* 46, 54). Como escribe Chr. Mohrmann <sup>19</sup>: «El ascetismo de los círculos romanos, remonta, sin duda, a la tradición de *continentes, virgines, viduae*, que, en los primeros siglos cristianos, habían conducido una vida de mortificaciones y de plegaría en el seno de sus familias. El estilo de la vida ascética se había modificado más. Los contactos con el monacato egipcio, en primer lugar a través de Atanasio, habían abierto nuevos horizontes y favorecido un ideal más austero y riguroso, que llevó a Paula, a Eustoquio y a algunas vírgenes a marcharse a Oriente». Asella (Pall. *HL* 41, 4; Hier. *Ep.* 24) era noble dama romana; igualmente, se hizo asceta.

Prisciliano, introductor del ascetismo en Hispania, también pertenecía a la nobleza hispana. En Marmoutier, en Galia, según Sulpicio Severo (*VM* 108) *multi inter eos nobiles habebantur, qui longe aliter educati ad hanc se humilitatem et patientiam coegerant*. Lo

<sup>16</sup> A. CARANDINI *et alii*, *op. cit.*, figs. 149-154.

<sup>17</sup> R. BIANCHI BANDINELLI, *op. cit.*, figs. 206-208. Mansiones lujosas se representan muy frecuentemente en las villas africanas, como en los pavimentos de Henchir Toungar, con escena de caza, del segundo cuarto de siglo III; de Constantina, de la segunda mitad del siglo IV; de Cartago, Khéreddine, fechado entre los años 390-410; de Bordje-Djedid, datada a finales del siglo V o en el siglo VI; del Dominus Iulius, 380-400; de Djemila, de finales del siglo IV o de comienzos del siguiente; de Hippo Regius, 210-260; de Cartago con paisaje marino, de la primera mitad del siglo IV, etc. (K. M. D. DUNBABIN, *The Mosaics of Roman North Africa, Studies in Iconography and Patronage*, Oxford 1978, 262, fig. 23; 255, fig. 34; 253, figs. 35 y 36; 252, fig. 109; 271 s., figs. 111-113; 262, fig. 123; 254, figs. 126-127.

<sup>18</sup> S. IANNACCONE, «Roma 384. Struttura sociale e spirituale del grupo geronimiano», *Giornale Italiano di Filologia*, 19, 1966, 32 ss.; G. D. GORDINI, «Origine e sviluppo del monachesimo a Roma», *Gregorianum*, 37, 1976, 220 ss.; G. D. GORDINI, «Il monachesimo romano in Palestina nel IV secolo». *Saint Martin et son temps, Studia Anselmiana*, 46, 1961, 85 ss.; P. BROWN, «Aspects of the Christianisation of the Roman Nobility», *JRS*, 51, 1961, 1 ss.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, XXXVII.

mismo se puede afirmar de muchos monjes de ambos sexos. Sulpicio Severo nació en torno al 363 en una noble y rica familia de Aquitania. Su amigo Paulino, nacido en 353, era de familia senatorial, y el alumno predilecto de Ausonio; como Veneria, la mujer del *comes* Vallovido; Teodora, esposa de un tribuno, que «elevó a tal punto la renuncia a sus bienes, que aceptó vivir de limosna, y morir en este estado en el monasterio de Esica, junto al mar»; Basianilla, mujer del general Candidiano; la diaconisa Sabiniana, tía del obispo, Juan de Constantinopla; la virgen Silvania, cuñada del exprefecto de Roma (55.1); Olimpia, hija del *comes* Seleuco, nieta del exprefecto Ablavio, y esposa, por pocos días, de Nebridio, que fue prefecto de la ciudad (56.1); Cándida, hija del general Trajano (57.1) y Gelasia, hija de un tribuno (57.3). Entre los varones recuerda Palladio (*HL*, 62) al excónsul Panmaquio; a Macario, que fue vicario; a Costancio, consejero de los prefectos de Italia; a Ciro, excónsul y exprefecto del pretorio, varón digno de confianza y sabio, que desempeñó todos los cargos debido a su sabiduría, que por una mala faena del espatrio Chrysaphios, influyente eunuco en tiempos de Teodosio II, fue degradado a la posición de obispo en un poblado, llamado *Cotyacum*, de Frigia (*VD* 16, 31).

Otros ascetas pertenecían a los estratos medios o inferiores de la sociedad romana. Así, Martín de Tours, según su biógrafo Sulpicio Severo (*VM* 4-5), fue soldado muchos años; Hilarión, según Jerónimo (*VH* 2.1-2), estudió gramática y literatura en Alejandría, ciencias, en las que hizo grandes progresos; Macario, fue *cabidarios*, tallador de piedras preciosas (*Pall. HL* 6.5). Apollonio (*Pall. HL* 13.1) se dedicó al comercio. Amún de Nitria, que guardó castidad con su esposa durante 18 años, fabricaba perfumes (*Pall. HL* 8.3); Macario de Alejandría vendía dulces (*Pall. HL* 17.1); Moisés de Etiopía y otros cuatro fueron ladrones (*Pall. HL* 19.1.4). Eulogio era humanista (*Pall. HL* 21.3); Filoromo, de Galacia, presbítero, fue hijo de padre libre y de madre esclava (*Pall. HL* 45.1). Esclavos llevó a Alejandría Melania, y con ellos fundó un monasterio (*Pall. HL* 46.1). Sísimo (*Pall. HL* 49.1) era de condición servil. Diocles se dedicó a la gramática y a la filosofía, antes de practicar el ascetismo a la edad de 28 años (*Pall. HL* 58.3). El padre de Hipatio era hombre de letras (*Call. VH* 58). Muchos monjes eran analfabetos y sin ninguna educación literaria, como Jonás (*Call. VH* 65). La mayoría de los monjes egipcios no sabían leer ni escribir y por eso aprendían de memoria la Biblia y sólo entendían el copto, no el latín o griego, como Antonio o Juan de Licópolis.

En la lista grande de monjes de la *Historia Lausiaca*, Ammonio es uno de los pocos cultos (*HL* 11.4), que conocía a Orígenes, a Dídimo, a Pierio y a Estéfano, en compañía de Eulogio (*HL* 21.3.17), de Evagrio Pónico (*HL* 38) y de Diocles (*HL* 58.3). S. Efrén diácono de la Iglesia de Edessa (306-373), (*HL* 40), escribió sermones, comentarios a las Sagradas Escrituras e himnos.

A cuatro esclavos del excónsul Monaxios Hipatio les aceptó como monjes (*Call. VH* 78). Sabas era de padres ricos (*Cyr. VS* 87, 91); Juan, obispo y hesicasta de la laura de S. Sabas, según un biógrafo; Cirilo de Scythopolis (201.1), nació de padres nobles y muy ricos, que habían desempeñado muchos cargos políticos, militares, magistraturas municipales y diversos oficios en la corte imperial. El abad Ciriaco de la laura de Souka era hijo de un sacerdote de la Iglesia de Corinto (*Cyr. VC* 223). Amoun era hijo de padres ricos (*HM* 22.1). Patermouthios, que fue el inventor del traje de los monjes, fue jefe de ladrones y violador de tumbas (*HM* 10.3). Otro monje, que había sido bandolero, se menciona en la *Historia monachorum in Aegypto* (14.4), que visitó a Pafnucio. Apeles, antes de dedicarse a la ascesis, ejerció el oficio de herrero (*HM* 13.1).

Teodoro, el compañero de Pacomio, era también de padres ricos (*VP* 33). Petronio poseía una buena fortuna, bueyes, ganado menor e instrumentos de toda clase (*VP* 80). Todos estos monjes, que procedían de familias ricas, al entrar en el monacato, dilapidaban su fortuna, repartiéndola a los pobres, a los anacoretas y a los cenobitas, a la Iglesia, o a los hospitales. De este modo se deshicieron algunas grandes fortunas en el Bajo Imperio.

#### DILAPIDACIÓN DEL PATRIMONIO

Con frecuencia los biógrafos hacen constar estas limosnas, como se ha indicado al referirse a Paulino de Nola. Así, los hermanos Paesio e Isaías, hijos del mercader Spanodromo, recibieron una herencia de 50.000 denarios en inmuebles, en vestidos y en esclavos. Uno de ellos repartió el dinero entre los monjes, las iglesias y los prisioneros. El otro se construyó un monasterio, donde recibió a unos pocos compañeros y daba hospitalidad a todos los extranjeros, a los enfermos, a los viejos, y a todos los pobres.

Hilarión, muertos sus padres, donó a sus hermanos parte de su herencia, y otra parte la repartió entre los pobres (*Hier. VH* 2, 6). Melania, la Vieja (*Pall. HL* 54.6), «vendió todas las propiedades que le quedaban y, cobrando el dinero, se marchó a Jerusalén. Después de haber distribuido todos sus bienes materiales, en el espacio de 40 días, alcanzó su descanso». Melania la Joven, persuadió a su marido Piniano, y a su nuera Albina, a vender todos sus bienes y los condujo fuera de Roma (*Pall. HL* 54.4). La ya citada Olimpia distribuyó todos sus bienes entre los pobres (*Pall. HL* 56.2). El mencionado *comes* Vero, y su esposa Bosporia repartieron todo el dinero a los enfermos, y no dejaron nada en herencia a sus 6 hijos (*Pall. HL* 66.1). Petronio (*VP* 80) entregó a Pacomio su herencia en bueyes, ganado menor, y utensilios.

La liquidación de estas fortunas no se hizo a veces sin dificultad, pues el patrimonio de los senadores, como en el caso de Melania, no podía salir de la familia, o de la clase social a la que pertenecían. Estaban inscritos en los registros públicos (*C.Th.* VI.2.8). En el caso de Melania, el prefecto de Roma, que lo era Gabinio Bárbaro Pompeiano, que «intentó restablecer los sacrificios abolidos, decidió de acuerdo con el senado que los bienes fueran al tesoro público. Intentaba cumplir esta decisión, cuando, por la providencia de Dios, el pueblo se levantó contra él, por la falta de pan; cubierto de heridas, fue asesinado en plena ciudad» (*Geron. VM* 19). En los casos de otros miembros de familias senatoriales, como Panmaquio, Blesilla, Lea, Paula o Fabiola, no parece que hubiera dificultades mayores. Según San Jerónimo (*Ep.* 22, 38; 66, 77) provocaba la decisión de dilapidar su fortuna, bromas pesadas y chistes.

Paulino y su esposa Therasia fueron censurados por sus amigos (*Ambr. Ep.* 58). Antonio se vio obligado a no vender la totalidad de sus bienes en beneficio de los pobres. Las propiedades tuvo que dejarlas a su comunidad (*VA* 2).

A esta legislación alude Geroncio (*VM* 12), cuando refiriéndose a la venta de los bienes de Piniano, escribe que su hermano Severo tramaba un complot, ya que quería que pasasen a él sus bienes, numerosos e importantes, al igual que sus parientes, de rango senatorial, maquinaban contra sus bienes, queriéndose enriquecer. «Tuvo que acudir a la propia emperatriz, que a su vez llevó el asunto al emperador Honorio, que decretó que en cada provincia, sus bienes fueran vendidos bajo la responsabilidad de los gobernadores, y de los magistrados, y que bajo su responsabilidad el precio le fuera remitido».

La dedicación al ascetismo no se hacía sin oposición. La emperatriz Serena, en el caso de Melania, «cuenta a sus asistentes todo lo que habían sufrido en el momento de su retirada, cómo habían sido perseguidos por su padre, e impedidos de juntarse enteramente a los santos y escuchar la palabra de salud, que muestra la vía de Dios» (Geron. *VM* 12). A la oposición encontrada en sus parientes alude Geroncio (*VM* 6).

El monacato procedía, pues, de todas las capas sociales del Imperio. Es un fenómeno que se dio tanto en Oriente, Siria y Egipto principalmente, como en Roma y en Occidente, en Hispania, aunque aquí con retraso con respecto al monacato sirio o egipcio. Hispania en el siglo IV era en su mayor parte pagana, como se desprende de las Actas de San Saturnino, del siglo V, obra aparecida en la Galia, del Concilio de Elvira, celebrado a comienzos del siglo IV, donde casi todos los firmantes son del Valle del Guadalquivir y de la procedencia de los mártires de la gran persecución, que fueron pocos, y amplias regiones hispanas, como todo el N y NO, no los dieron.

Mucho debió contribuir a la extensión del monacato por todos los países la publicación de la Vida de Antonio, escrita por San Atanasio, que se convirtió enseguida en el *best-seller* del momento. Fue escrita en 357 y traducida al latín poco después. Hacia el 330, el Occidente desconocía aún la vida eremítica. El destierro de Atanasio en Tréveris (335-337) favoreció la propagación del ascetismo en Occidente. Y tendencias ascéticas se habrán dado entre los paganos neoplatónicos, como Porfirio († 270), en su discípulo Porfirio († 303) y en Orígenes.

Entre los ascetas se encuentran personas casadas, como las dos Melanias y Piniano; Paulino de Nola y su esposa; Paula; Panmaquio y otros citados anteriormente, que vivieron primero una vida mundana, antes de dedicarse al ascetismo. Varios, ya mencionados, habrán desempeñado importantes cargos civiles y militares y diferentes oficios. Otros muchos se hicieron monjes muy jóvenes. Hilarión, antes de los 15 años, se fue al desierto en busca de Antonio (Hier. *VH* 2, 7). Hipado también empezó el ascetismo muy temprano (Cali. *VH* 58). El citado obispo Juan, se consagró al ascetismo a los 18 años (Cyr. *VI* 201). Ciriaco practicaba la ascesis ya a los 18 años (Cyr. *VC* 224). El obispo Theognis, nacido en la ciudad de Ararathia en Capadocia, «desde su juventud se formó en la disciplina monástica», según su biógrafo Cirilo de Scythopolis (*V.Th.* 241), al igual que otro biografiado del mismo autor Abraamio, que llegó a ser obispo de Crateia (Cyr. *VA* 243).

Muchos monjes eran de padres cristianos, como Hipatio, Sabas (Cyr. *VS.* 587), Euthymes, que recibió educación junto al obispo (Cyr. *V. Euth.* 11-12). Juan, el hesicasta (Cyr. *VI* 201), los citados Teognis y Abraamio, etc. Otros monjes nacieron en el paganismo, como Hilarión (Hier. *VH* 2.1) y Pacomio (*VP* 3).

#### DESPRECIO DE RIQUEZAS

Los ascetas rechazaban la escala de valores de la sociedad romana, en la que habían vivido, e incluso el cristianismo descafeinado de la Iglesia oficial. De Paula escribe su biógrafo, Jerónimo, en el epitafio (6.12): *Nec olim posit excelsi apud saeculum generis et nobilissimae familiae visitationes et frequentiam sustinere. maerebat honore suo et ora laudantium declinare ac fugere festinabat... Non domus, non liberorum, non familiae, non possessionum, non alicinus rei, quae ad saeculum pertinet, memor sola, si dici potest, et*

*incomitata ad heremum Antoniorum atque Paulomm pergere gestiebas*. Melania la Joven, habla, según Geroncio (*VM* 16) «del peso de tan grandes riquezas, perecederas y que ocasionan la muerte». La emperatriz Serena contrapone, en este caso, «la delicadeza de su educación, sus numerosas riquezas, y el boato de las dignidades y todos los placeres de esta vida a la debilidad de la carne, a la pobreza voluntaria, y a las cosas que nos hacen temblar». Afirmaba (Geron. *VM* 15) que «no era capaz con tales riquezas de soportar el yugo de Cristo, arrojemos lo antes posible nuestros bienes, para ganar a Cristo». En África ya estaba desposeída totalmente del fardo de las riquezas (Geron. *VM* 34).

La imposibilidad de soportar las riquezas aparece también en San Jerónimo (*Ep.* 24.4; 127.4.2). Marcela, según este autor, evitaba ver las casas de las nobles damas romanas, para no verse obligada a ver lo que había despreciado.

#### RECHAZO DE LOS VALORES CLÁSICOS

En el siglo IV los cristianos sintieron un vivo repudio por Roma, y por todo lo que significaban su historia y su cultura. Este repudio se manifiesta en una antítesis. Prudencio y Ambrosio oponen la Roma cristiana a la pagana; San Jerónimo la Jerusalén terrestre a la celeste y San Agustín la ciudad terrenal a la de Dios<sup>20</sup>. Siempre en la historia del cristianismo primitivo coexistieron las dos tendencias, la de asimilar la cultura pagana y cristianizarla, como pretendieron Justino, Panteno, Clemente de Alejandría, Orígenes, Basilio, etc., y la de rechazarla, representada por Taciano, Tertuliano, el monacato, San Jerónimo en su famoso sueño, etc.

El monacato significa el rechazo de toda la cultura del mundo grecorromano; trajo una escala de valores contraria y fue la aplicación de un cristianismo radical, que tampoco era el de la Iglesia oficial en la práctica.

En el ascetismo se da una antítesis de valores:

- Al lujo y riqueza escandalosa de la vida se oponen el ascetismo y la penitencia.
  - Al lujo en el vestir, el vestido pobre.
  - A las comilonas, la comida austera y escasa.
  - Al egoísmo, la caridad y el servicio al prójimo.
  - A la ciencia mundana, el conocimiento de sólo las Sagradas Escrituras.
  - Al ansia de desempeñar cargos civiles y religiosos, la huida de ellos.
  - A la vida sin trabajar, el trabajo.
  - A la vida disipada y sin acordarse de Dios, las continuas oraciones.
  - Al servilismo de los obispos ante el poder civil, la independencia de los monjes.
- Examinaremos cada punto de éstos en las fuentes elegidas.

#### ASCETISMO Y PENITENCIA

Los eremitas y monjes se retiraban a los desiertos, que era un modo de huir de la vida romana, que era especialmente urbana, al mismo tiempo que se imitaba los 40 días y

<sup>20</sup> F. PASCHOUD, *Roma Aeterna*, Roma 1967.

noches, que Cristo pasó en el desierto. Melania la Joven (Geron. *VM* 41) «no quería más residir en ciudad».

Gerencio (*VM* 40-45) ha prestado especial interés a este aspecto de la vida de Melania. La virgen, que estaba a su servicio, contaba que «en tiempos de la Santa Pascua, cuando la bienaventurada dejaba el cuchitril tan estrecho, y sacudíamos el saco que vestía, caía una gran cantidad de gusanos». Uno de los aspectos del ascetismo era el absoluto descuido de la higiene corporal. En este aspecto Melania la Joven, fue igual que su abuela, en cuya boca pone Palladio (*HL* 55.2) las siguientes palabras: «Créeme, en 60 años de edad, y salvo los dedos de las manos, ni mi pie, ni mi rostro, ni ningún miembro del cuerpo, ha tocado el agua. Aunque tuve diferentes enfermedades, y me lo indicaban los médicos, no he consentido nunca en conceder a mi cuerpo lo que es habitual. Nunca he descansado sobre un lecho, ni he viajado nunca en litera».

Melania la Joven (Geron. *VM* 33) «se fabricó un cofre de madera, de tan pequeñas dimensiones, que cuando estaba metida, no se podía volver ni a derecha, ni a izquierda, ni extender su cuerpo». Teodora, en Egipto, vivía en una tumba.

En Melania la Joven, Gerencio señala su virginidad (*VM* 3, 4, 6, 8, 26, 29, 42, 41), el despojarse de sus sentimientos (*VM* 8-19), su privación de alimento (*VM* 20, 22, 24-25, 36, 41, 49, 56, 59) y del sueño (*VM* 5, 23, 36, 49, 52, 63) y los castigos corporales de todo tipo.

Pacomio, según la *Historia Lausiaca* (18. 14), en la cuaresma, «después de meter en agua muchos ramos de palmera, se colocó en un ángulo, y durante 40 días, y hasta que llegó la Pascua, no tocó ni pan, ni agua; no dobló la rodilla, no se tumbó, no comió nada, salvo unas hojas de coles y esto el domingo, para dar la impresión de que comía». Según el mismo autor (*HL* 19.8), Moisés, el etiope, permaneció 6 años en la celda. Todas las noches las pasaba de pie en medio de la celda rezando, sin cerrar los ojos... Se impuso otra disciplina. Salía de noche, e iba a las celdas de los viejos y de los ascetas más austeros, y tomando a escondidas sus jarros los llenaba de agua. El agua estaba lejos, unas veces 2 millas, otras 5 y otras media. Macario (Pall. *HL* 20.3) «durante 60 años de vida, recitó diariamente las 100 plegarias ordenadas, trabajó lo necesario para alimentarse, y cumplió con la obligación de recibir a los hermanos».

En la *Historia Lausiaca* se leen muchos casos de ascetismo riguroso que practicaban los monjes. Baste recordar unos cuantos casos, como el de aquel asceta que durante 48 años estuvo en una celda, sin ver a ninguna mujer, sin ninguna moneda, sin ver a ser humano comiendo. Nadie le vio comer o beber (*HL* 35.13). De Adolio, por su extraordinaria capacidad de abstinencia, particularmente del sueño, se sospechaba que no fuera un hombre, sino un fantasma. Durante la cuaresma comía cada 5 días. El resto del año lo hacía en días alternos. Su ascesis más impresionante consistía en que desde la puesta del sol hasta la hora en la que la comunidad se reunía a rezar, en el Monte de los Olivos, estaba de pie cantando, y rezando sin descansar; permanecía sin moverse bajo la nieve, la lluvia o el hielo (*HL* 43.2). Filoromo para luchar contra la lujuria, durante 18 años, se encadenó y se abstuvo de grano y de todo tipo de comida cocida al fuego (*HL* 54.2). Hilarión de Gaza (Hier. *VH*. 4.2), «se cortó el cabello una vez al año, el día de Pascua. Durmió hasta su muerte en la desnuda tierra, sobre un manojo de juncos, sin jamás lavar su rudo vestido, del que se cubrió una vez para siempre. Asegurando que era inútil buscar limpieza en un cilicio. No se cambió de camisa, sino cuando la primera estaba completamente rota».

Los ascetas sirios fueron mucho más radicales que los de otras regiones del Imperio. Baste recordar que Simeón y Daniel se pasaron la vida subidos a una columna, sin bajar, y sin apenas poderse mover. Daniel, cuando murió, tenía los pies gangrenados y comidos de gusanos. Estos ascetas sirios solían encadenarse (*VD* 70). Esta penitencia de los monjes sirios, de vivir sobre una columna toda su vida, está representada en relieves y bronce de Damasco, de Hama y de París, de los siglos V-VI <sup>21</sup>.

Muchos ascetas vivían aislados en celdas, de las que no salían y sólo se comunicaban por ventanas. Hipatio sólo salía de su celda el día de Pascua, según cuenta su biógrafo Callinico (*VH* 73): «Tenía una pequeña ventana en la puerta. Por ella cada tres días recibía el pan, conversaba con los visitantes y los consolaba».

#### ASPEREZA DEL VESTIDO

Los monjes de ambos sexos se caracterizaba por el uso de un vestido áspero, que de hecho muchas veces servía de cilicio y confeccionado con materia vil.

Melania la Joven, antes de dedicarse totalmente al ascetismo, comenzó a llevar, debajo de los vestidos de seda, un hábito de lana ruda (*Geron. VM* 4). Este vestido diferenciaba a los ascetas del resto de los hombres. San Jerónimo (*Ep.* 38.5) llegó a escribir que por el hecho de no usar vestidos de seda, se le tenía por monje. Al comenzar a practicar la ascesis, lo primero que hizo Melania fue dejar de ponerse vestidos de seda (*Geron. VM* 6), con lo que manifestaba una rotura con el mundo. Se ponía el cilicio para mortificarse (*Geron. VM* 31): «se confeccionó un manto, un velo, y un capuchón de crin. Desde Pentecostés hasta el jueves de Pascua, no se los quitaba ni de día, ni de noche». El capuchón lo usaban también los ascetas de Egipto, a imitación de los soldados y de los campesinos. Pacomio (*Pall. HL* 32) ordenaba a sus religiosos el uso de un tipo de cucullo sin pelos lanosos. Según Casiano (*Inst. I. c.* III) debía descender hasta las espaldas, y ser usado de día y de noche.

Hilarión (*Hier. VH* 3.1) se cubrió el cuerpo solamente de un cilicio, sobre el que llevaba un capuchón de piel de cabra, que le regaló a su partida Antonio y un manto rudo. El cilicio, que era un vestido originario de Cilicia, como lo indica su nombre, era el traje ordinario de los monjes. Martín (*Sev. VM* 9) vestía un traje de mala calidad, por lo que se oponían a que fuera consagrado obispo. Siendo obispo continuó vistiendo un traje de mala calidad (*Sev. VM* 10.2), *Cedem in vestitu eius vilitas erat*. La mayoría de los ascetas, que le seguían, *camelorum saetis vestiebantur*, traje que gozó de gran aceptación entre los monjes, sin duda por imitación de San Juan Bautista, que lo usaba (*Matth.* 3, 4). Precisamente Sulpicio Severo regaló a su amigo Paulino de Nola un pallio, tejiendo pelos de camello (*Ep.* 29.1).

En otro pasaje Sulpicio Severo (*VM* 15.1) afirma que su biografiado usaba pallio, que era un manto rectangular, que por su carácter anticonformista, en oposición a la toga romana, que era de forma redonda, fue considerado por el apologista Tertuliano (*de pallio* 6.2) el único vestido digno del cristiano. Los ascetas lo vestían con mucha frecuencia.

<sup>21</sup> VON BEAT BRENK *et alii*, *op. cit.*, figs. 249-250, 261.

En el Bajo Imperio el lujo en la calidad del vestido, fue auténticamente escandaloso en las clases ricas, como lo atestigua Geroncio (*VM* 31), Arnobio, el Joven (*Ad Gregoriam* 18) y el grado de refinamiento a que se había llegado en la toilette femenina, según la descripción de Jerónimo (*Ep.* 38.4) en el caso de Blésilla antes de su conversión a la ascesis.

#### AUSTERIDAD EN LA COMIDA

En la alta sociedad romana la comida, exquisita, muy variada y abundante fue una de las ocupaciones, a la que se prestó más atención. Baste recordar, aunque se trate de un liberto multimillonario, la cena de Trimalción, en el Satiricón de Petronio, obra de la época de Nerón. Gran parte de la población del Imperio comió siempre muy mal. En el Bajo Imperio, en que se acentuó de una manera escandalosa la diferencia entre pobres<sup>22</sup> y ricos, grandes masas de la población apenas debió comer lo suficiente para mantenerse. La riqueza escandalosa de las capas ricas de la sociedad se hacía a expensas de la mayoría de la población, que era la que costeaba con su explotación despiadada la vida fabulosa bajo todos los aspectos de los ricos. Todos los ascetas por esta razón insistieron en una comida extraordinariamente frugal, que apenas era suficiente para cubrir las mínimas necesidades humanas. En este aspecto, como en los restantes, el ascetismo fue un rechazo total de los gustos de la sociedad romana del Bajo Imperio, aunque imitaran la vida de San Juan Bautista y los 40 días de ayuno de Cristo en el desierto.

Ello era más digno de notarse en los ascetas procedentes de la aristocracia romana.

Melania la Joven (Geron. *VM* 22), «tomaba cada tarde, unas cuantas gotas de aceite y un poco de líquido. El vino, ni en el mundo lo probó». En cambio, Jerónimo (*Ep.* 107.8) permite a la joven Paula beber un poco de vino. Según Palladio (*HL* 61.6), al comienzo de su vida ascética, Melania la Joven, «comía cada dos días, al principio cada cinco días». Martín, en su retiro de la isla Gallinaria, en compañía de un sacerdote, *quo tempore helleborum, venenatum, ut ferunt, gramen, in cibum sumpsit* (Sev. *VM* 6.5). Hilarión (Hier. *VH* 3.15) *quindecim tantum caricas post solis occasum comedens* y más adelante

<sup>22</sup> E. PATLAGEAN, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance*, París 1977. J. M. BLÁZQUEZ, «La presión fiscal en Hispania durante el Bajo Imperio según los escritores eclesiásticos y sus consecuencias», *Hacienda pública española*, 87, 1984, 37 ss; Id., «Problemas económicos y sociales en la vida de Melania la Joven y en la Historia Lausiaca de Palladio», *MHA*, 2, 1978, 103 ss; Id., «La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella, problemas económicos y sociales», *Gerión*, 3, 1985, 157 ss. A. GONZÁLEZ BLANCO, *Economía y sociedad en el Bajo Imperio según San Juan Crisóstomo*, Madrid 1980. Obra fundamental W. ZEIZEL, *An Economic Survey of the Early Byzantine Church*, Rutgers 1975. Sobre las riquezas de la Iglesia bizantina, sobre las ricas villas de Antioquía cfr. D. LEVI, *Antioch Mosaic Pavements*, Princeton 1947. Estas villas se generalizan en todo el Imperio. Baste recordar en Hispania, las de Liédena, Ramalete, Tossa de Mar, Pedrosa de la Vega, San Cucufate, Torre de Palma, Dueñas, Rielves, Carranque, Los Quintanares, Santervás del Burgo, etc. J. M. BLÁZQUEZ, *Mosaicos romanos de Córdoba, Jaén y Málaga*, Madrid 1981, *passim*. Id., *Mosaicos romanos de Sevilla, Granada, Cádiz y Murcia*, Madrid 1982, *passim*. Id., *Mosaicos de la Real Academia de la Historia, Ciudad Real, Toledo, Madrid y Cuenca*, Madrid 1982, *passim*. J. M. BLÁZQUEZ - T. ORTEGO, *Mosaicos romanos de Soria*, Madrid 1983, *passim*. J. M. BLÁZQUEZ - M. A. MEZQUÍRIZ, *Mosaicos romanos en Navarra*, Madrid 1985, *passim*. Tellaro y dei Pratti en Sicilia, etc. M. CAGIANO DE AZEVEDO, «Ville rustiche tardoantiche e installazioni agricole altomedioevali», *XIII Settimana di Studi del Centro di studi sull'alto Medio Evo*, Espoleto 1966, 663 ss. R. PARIBENI, «Le dimore dei potentiores nel Basso Impero», *RM*, 55, 1940, 144 ss. E. B. THOMAS, *Römische Villen in Pannonien*, Budapest 1964. P. DE PALOL, «Romanos en la Meseta: el Bajo Imperio y la aristocracia agrícola», *Segovia y la Arqueología romana*, Barcelona 1977, 299 ss. Para África véase: B. BEAUJORE, «Du nouveau sur le villes de l'Afrique romaine au temps de saint Augustin», *REA*, 23, 1977, 422 s.



*Herbarum ergo sueco et paucis zaricis post triduum vel quadriduum deficientem animam sustinebat. Jerónimo (VH 5.1-2) puntualiza más adelante de su obra: A vicesimo primo anno usque ad vicesimum septimum, tribus annis, dimidium lentis sextarium madefactum aqua frigida comedit, et alius tribus panem aridum cum sale et aqua. Porro a vicesimo septimo usque ad tricesimum herbis agrestibus et virgultorum quorundam radicibus crudis sustentatus est. A tricesimo autem primo usque ad tricesimum quintum sex uncias hordeacei panis et coctum modice olus absque oleo in cibo habuit. Sentiens autem coligare oculos suos et totum corpus impetigine uri et pumicea quadam scabredine contrahi, ad superiorem victum adiecit oleum, et usque ad sexagesimum tertium vitae suae annum hoc continentiae cucurrit gradu, nihil omnino extrinsecus aut pomorum aut leguminis aut cusiulibet rei gustans. Inde, cum se videret corpore defatigatum et propinquam putaret imminere mortem, a sexagesimo quarto rursus anno usque ad octogesimum pane abstinuit incredibili fervore mentis, ut eo tempore quasi novus accederet ad servitutum Domini, quo ceteri solent remissius vivere. Fiebat autem ei de farina et comminuto olere sorbitiuncula, cibo et potu vix quinque uncias appendentibus. Sicque complens ordinem vitae numquam ante solis occasum, nec diebus festis, nec in gravissima valetudine, solvit ieiunium. Sed iam tempus est ut ad ordinem revertamur.*

La casica era un tipo de higo originario de Caria, de ahí su nombre. Seca era la comida de los pobres por eso fue manjar preferido de los anacoretas (S. Sev. *Dial.* I, 20.4; Hier. *VP* 6; Cass. *Collat.* 8.1.2). Isidoro (Pall. *HL* 1.2) no tomó carne durante toda la vida. Macario, de Alejandría (Pall. *HL* 18, 1-2), «comía cuatro o cinco onzas de pan, y bebía otro tanto de agua, y consumía una taza de aceite cada año». Erón, de Alejandría, según los testigos, sólo comía una vez cada tres meses (Pall. *HL* 26.2), lo que es imposible que sea cierto. Hipatio, según su biógrafo Callínico (*VH* 60), sólo comía plantas salvajes. Era tan austero en la comida que frecuentemente estaba sin comer 5 días a la semana (Call. *VH* 63), al igual que Juan, el hesicasta (Cyr. *VI* 206), comía en el desierto melagria, que es el alimento de los anacoretas, que habitaban el desierto (Cyr. *VI* 209). Ciríaco, según Cirilo de Scythopolis (*VC* 224), se alimentaba cada dos días de pan y agua; no consumía ni aceite, ni vino, ni bebida confeccionada con comino y anís. Durante los cinco años que practicó la ascesis en el interior del desierto de Rouba, consumía raíces de melagria y corazones de rosas (Cyr. *VC* 228). Teodosio se contentaba con las plantas salvajes, igualmente, como alimento (Cyr. *VTh* 237-238). En la *Historia monachorum in Aegypto* se pueden espigar varios datos sobre la gran austeridad de los monjes egipcios en la comida. Así el abad Or cuando vivía en el desierto, «se alimentaba de hierbas y de ciertas raíces dulces, y bebía agua cuando la encontraba» (2.4). Construyó una choza, y «se contentaba con comer legumbres en conservas, y frecuentemente sólo comía una vez por semana» (2.5). El asceta Apolo sólo comía una vez por semana las hierbas que crecen espontáneas en el suelo; no probaba pan, ni leguminosas, ni frutas, ni ningún manjar cocido (8.9). El citado Paternouthios (10.6) sólo consumía plantas salvajes.

Pityrion (15.4) sólo comía dos veces por semana, el domingo y el jueves, y sólo un puñado de harina de trigo.

#### CARIDAD CON EL PRÓJIMO

Estos anacoretas y cenobitas no vivían desconectados de los problemas de todo tipo del mundo, estaban profundamente enraizados en socorrer las miserias humanas, materiales y humanas, sobre todo del *destritus* de la sociedad romana.

Un aspecto que recalca la hagiografía, que usamos, es la caridad de los monjes con los pobres y necesitados. Ya se han recogido algunos ejemplos. En este aspecto la labor debió ser grande y de importancia social y económica. La beneficencia estaba sólo en manos de la Iglesia (Pall. *HL* 68. 2). La existencia de pobreza generalizada indica la mala situación de los estratos más bajos de la sociedad del Bajo Imperio. La situación económica y social del campesinado era desastrosa, tanto en Oriente, como se desprende de la Carta IL2 de Teodoreto de Ciro, como en Occidente según Salviano de Marsella en su *de gubernatione Dei* (V.5.35-44). Claro que estas limosnas a la larga no arrancaban de raíz la desastrosa situación económica de los necesitados, que chocaba con el lujo escandaloso de los *potentiores*.

De Melania la Joven, cuenta Geroncio (*VM* 9) que «visitaba a todos los enfermos sin excepción. Albergaban a los extranjeros de paso, y no les dejaba partir hasta que habían recibido todas las provisiones necesarias para el viaje. Asistía con generosidad a todos los necesitados pobres. Visitaba todas las prisiones, los campos de concentración, y las minas, liberaba a los detenidos por deudas, y les proporcionaba el dinero necesario» Geroncio (*VM* 19) alude, en general, a las ayudas prestadas por Melania a todos los países: Mesopotamia, Siria, Palestina, Egipto, la Pentápolis. Palladio (*HL* 61) puntualiza estas ayudas: «Envió por mar a Egipto 10.000 monedas, a Antioquía y a su región 10.000, a Palestina 15.000, a las iglesias de las islas y a los condenados a trabajos forzados 10.000 y otro tanto a las iglesias de Occidente». Geroncio en el párrafo citado añade que proporcionó la suma de oro suficiente a los monasterios de varones y de vírgenes. En África, los obispos Agustín, Alipio y Aurelio, le aconsejaron donar a cada monasterio un local y unos ingresos fijos, lo que hizo (Geron. *VM* 20). Vendió las posesiones de Numidia, de Mauritania y de África, y con el dinero obtenido socorrió a los pobres y contribuyó a la liberación de los prisioneros.

El presbítero Isidoro (Pall. *HL* 1.1) estuvo al frente del hospicio para forasteros, que tenía la Iglesia de Alejandría. Macario (Pall. *HL* 6.5) dirigió igualmente, siendo presbítero, un hospicio de mutilados. Entre los anacoretas de Nitria, junto a la iglesia, funcionaba un albergue para recoger a forasteros de viaje, donde podían quedarse todo el tiempo que quisieran hasta dos o tres años (Pall. *HL* 7.4). El sirio Efrém fundó un hospital de cerca de 300 camas (Pall. *HL* 40.3). En Ancira un monje cuidaba de los prisioneros, de los hospitales, de los pobres y de los ricos, a los que asistía (Pall. *HL*. 68.2). Martín recibió de Liconzio 100 libras de plata y las dedicó al rescate de prisioneros (Sev. *Dial.* III, 14.5-6). Entre los anacoretas del Oriente el cuidado de los pobres era especialmente ejercido por los monjes. Así, el asceta Jonás acudió a Constantinopla en busca de socorro para los campesinos de Tracia, que habían sido saqueados por los godos (Call. *VH* 64-65). Hipatio y Timoteo rivalizaban en socorrer a los pobres (Call. *VH* 67, 78-79). Tomó la defensa de los oprimidos (Call. *VH* 71). Sabas visitó al emperador, defendió a los campesinos oprimidos y logró anular el inicuo impuesto del crisargio (Cyr. *VS* 145-146). La abolición del crisargio fue importante, pues a ella aluden en alabanza del emperador, Anastasio, Procopio de Gaza, en su Panegírico a Anastasio; Prisciano en el Elogio de Anastasio, 149-170, y el Ps. Josué, el estilita, en *Chronica* a. 498. A petición suya Justiniano mandó construir en Jerusalén un hospital de 100 camas, al que asignó para el primer año un ingreso libre de impuestos de 1.850 sólidos áureos, y mandó que pronto tuviera 200 camas y un ingreso igualmente libre de impuestos, de otro tanto. Se conocen otros casos de fundaciones de hospitales por ascetas. Abraamio (Cyr. *VA* 247) fundó orfanatos, hostelerías y hospitales. Teodosio, al decir de su biógrafo Teodoro de Petra (*VTh.* 40-41), prestó especial atención a los enfermos y fundó también un hospital.

## OPOSICIÓN A LA CULTURA

Los anacoretas opusieron al conocimiento de la literatura pagana, que fue grande en el Bajo Imperio –baste recordar que Paciano se sabía a Virgilio de memoria– el sólo conocimiento de las Sagradas Escrituras.

El fundador de los monjes, Antonio, no quería ir a clase para que sus compañeros no le contaminasen, o sea, le trasmitieran la cultura que ellos tenían (Ath. *VA* 1. 841 A). Los monjes tan sólo sabían su lengua, la nativa, que no era lengua de cultura, y no querían aprender ni el griego, ni el latín. Antonio usaba a un monje de intérprete para entenderse con un alejandrino (Pall. *HL* 21.8). El autor de la *Historia Lausiaca*, Palladio, se entiende con Juan de Lyco mediante un intérprete (*HL* 35, 102, 12). La mayoría de los monjes de los que Teodoreto describe su vida en la *Historia Religiosa*, no sabían más que el siríaco, etc.

El analfabetismo de muchos monjes tiene fácil explicación por el rechazo en bloque de toda la educación y cultura pagana. Compensaban esta pérdida, con un conocimiento profundo de los libros revelados. A Melania la Joven no se le caía de la manos, según expresión de Geroncio (*VM* 21). Cada día leía una parte (*VM* 21), de modo que leía 3 ó 4 veces al año los dos testamentos (*VM*, 26). También leía la vida de los padres del desierto (*VM* 23), Hilarión se sabía las Sagradas Escrituras de memoria (Hier. *VH* 4.3). Conocida es la dedicación al estudio de la Biblia de Jerónimo, al que se debe la traducción de la Vulgata. Este amor por el libro sagrado lo imbuyó a sus discípulas, como Paula, que con su hija Blesilla, ya comenzó a aprender la lengua hebrea en Roma (Hier. *Ep.* 39.1).

En la *Historia Lausiaca* (32.12) se alude, en general, a los ascetas, que se sabían la Biblia de memoria, como Ammonio (*HL* 11.4). Dídimo también recitaba de memoria todo el Antiguo y Nuevo Testamento (Socr. *HE* 4. 25; Soz *HE* 3.15). Era el único libro, que conocían y que en gran parte podían recitar de memoria, Macario (*HL* 13.3), Erón (*HL* 26.3), los Tabennesiotas (*HL* 32.12), Serapión (*HL* 47.2) y Pafnucio (*HL* 47.3), Silvana (*HL* 55.3) y Salomón (*HL* 58.1). Según la *Historia monachorum in Aegypto*, el abad Or (2.5) recitaba de corazón las Sagradas Escrituras, a pesar de ser iletrado. En la vida de Apolo (8.50) se habla de que unos ascetas recitaban de corazón las Escrituras toda la noche.

## HUÍDA DE CARGOS

Una manera de evitar las vanidades del mundo era huir de desempeñar cargos. Los cargos traían consigo poder, honores y riquezas, valores todos que despreciaban los ascetas. Cuando en el Bajo Imperio muchos andaban a la caza de cargos eclesiásticos, que significaban poder y riqueza, lo que explica que los obispos estuvieran emparentados con las altas magistraturas del Estado <sup>23</sup>, como el obispo Platón, que era hermano de Juan, *comes sacrarum largitionum* (Cyr. *VA* 244) y que el obispado, frecuentemente, pasara de padres a hijos; el monacato tendió a rechazar cualquier cargo eclesiástico. Así, Martín de Tours no aceptó las funciones de diácono, por considerarse indigno; sólo aceptó la de exorcista (Sev. *VM* 5.1-2). El monacato estuvo integrado por laicos en su casi totalidad.

<sup>23</sup> A. ROUSSELLE, «Aspects sociaux du recrutement ecclésiastique au IV<sup>e</sup> siècle», *MEFR*, 89, 333 ss.

Eutimes fue ordenado sacerdote contra su voluntad (Cyr. *V Euth.* 13). Sabas no permitió que nadie se hiciera clérigo (Cyr. *VS* 103), aunque, a pesar de su rusticidad, fue ordenado sacerdote. La razón de este rechazo de la ordenación sacerdotal se lee en la Vida de Pacomio (27): «no existía entre ellos nadie constituido en dignidad clerical, porque estimaba y frecuentemente lo decía, que es bueno no reclamar mando y gloria, principalmente en el cenobio, para que por este motivo no nazcan querellas, celos, y rivalidades en el interior dé una numerosa comunidad de monjes... la dignidad clerical es el principio de una tentación de poder... Antaño no todo el pueblo fue nombrado levita». Cuando un clérigo se hacía monje, Pacomio le trataba igual que a los demás. Muchos clérigos y obispos dejaban mucho que desear desde el punto de vista evangélico. En la Vida de Hipatio (60) se afirma que los clérigos bebían mucho durante la comida. En la vida de Teodosio (54) se lee un juicio muy negativo, que tenía el emperador Anastasio de los obispos, «de los que tenía compasión, los aterrorizaba amenazándoles con cambiarlos de lugar, o sobornaba con regalos y honores, o los persuadía con bagatelas».

Un juicio parecido, muy negativo sobre los obispos de su época, hace Sulpicio Severo en la Vida de Martín (20.1), cuando escribe: «como es típico de nuestra época que todo está depravado y corrupto. Es excepción la firmeza de un obispo que no lleve a la adulación del príncipe. Habiendo llegado de diversas regiones del mundo numerosos obispos junto al emperador Máximo... mientras alrededor del príncipe se observa una vergonzosa adulación de parte de todos los obispos, que degeneraba en debilidad la dignidad sacerdotal, y que se había descendido a la condición de clientela del soberano, únicamente Martín sostenía la dignidad de los apóstoles».

La ingerencia de los emperadores en los asuntos eclesiásticos, incluso en los dogmáticos, como en la cuestión arriana y en la origenista, prueba, por un lado, el control que los emperadores querían tener de la Iglesia, pero, igualmente por otro, el servilismo de los obispos al poder estatal, al que acuden continuamente en asuntos estrictamente de teología. De todo ello las Historias Eclesiásticas de Sócrates, Sozomeno y de Teodoreto de Ciro son buen ejemplo.

La vida de los monjes, aunque no era evangélica muchas veces, por sus luchas intestinas (Cyr. *VC* 226), como en la cuestión origenista (Cyr. *VC* 229-232) y tenía sus defectos, a veces graves, era una censura a la vida relajada de muchos obispos y del clero. Esto explica la oposición que Jerónimo encontró en Roma, muerto su protector Dámaso, en 384, que tuvo que abandonar la ciudad, en 385, ya que satirizaba la vida muelle y ociosa de varios miembros del clero romano, y embarcarse en Ostia rumbo al Oriente. A Martín de Tours se opusieron varios obispos a que fuese consagrado obispo (Sev. *VM* 9.3). Después de muerto, sufrió la *damnatio memoriae* del clero galo. El más encarnizado enemigo de Prisciliano fue el corrompido obispo de Augusta Emerita. Conocida es la oposición de los intelectuales paganos, como Juliano y Rutilio Namaciano, a los monjes. Lo mismo afirma el escritor cristiano Sulpicio Severo al final de su *Crónica* (51.8-10), del 404, con motivo de describir la situación de la Iglesia en el momento de la condena de Prisciliano:

«Y también ahora, cuando observamos que todo se altera y alborota, especialmente por las discordias entre los obispos, y que la situación se ha degradado debido a ellos por el odio o el favoritismo, por el miedo, la falta de firmeza, la envidia, el partidismo, la malicia, la avaricia, la arrogancia, la desidia y la indolencia. Al final la mayoría, llevada de sus locos pensamientos y pertinaces inclinaciones, seguía luchando contra unos cuantos

hombres sensatos; en medio de ello el pueblo de Dios y todos los hombres de bien eran objeto de escarnio y burla».

Entre los escritores cristianos Jerónimo redactó un feroz ataque a los vicios de los monjes en su carta 22, dirigida a Eustaquio, e invectivas claras se encuentran en otras cartas (125.16) contra los monjes, que cambian de hábito, pero no de costumbres. Sulpicio Severo en su *Diálogo* I (21.1-4), escrito en el año 403, describía el cambio de vida que se operaba en muchos monjes al ser nombrados clérigos. Dice así:

«Cuando narro estas cosas, se me hace presente nuestra infelicidad, nuestra debilidad. Pues, ¿quién de nosotros, si un solo hombrecillo humilde lo saluda o una sola mujer lo ensalza con palabras huera y lisonjeras, no se esponja de inmediato con soberbia, no se hincha de vanidad? Aunque no tenga conciencia de su santidad, como la adulación de los estúpidos o tal vez el error le aseguran que es santo, ¡cuan santísimo se considerará! Y si, además, se le envían frecuentes regalos, asegurará que le honra la magnificencia de Dios, porque mientras duerme y descansa se le aporta lo necesario. Y si, aunque sea mínimamente, le acontecieran señales de virtud, se consideraría un ángel. Por lo demás, aún cuando no destaque por sus obras ni por su virtud, si alguien es nombrado clérigo, inmediatamente se reviste de oropeles, se complace en saludos, se hincha con las visitas, incluso discurre por todos lados. Y quien antes acostumbraba ir a pie o en burro, se deja conducir soberbio por caballos jadeantes; contento antes con habitar una celda pequeña y modesta, erige techumbres elevadas, construye numerosas habitaciones, esculpe las puertas, pinta los armarios, rechaza las vestiduras groseras, echa de menos un delicado modo de vestir y encomienda a sus queridas viudas y vírgenes amigas las siguientes tareas: que la una le teja una capa bordada en oro, otra un largo manto. Pero dejemos al bienaventurado Jerónimo el descubrirlo con mayor mordacidad; retornemos a lo nuestro».

En este párrafo se describe la vida mundana de muchos clérigos y obispos. No se le escapó tampoco a Sulpicio Severo (*ad. Eccl.* 1.3-4) que la Iglesia al ganar en extensión y riqueza desvirtuó totalmente el mensaje evangélico; lo mismo afirmó Jerónimo en su *Vida del Monje Maleo* (*PL* 23.55).

Como es bien conocido el monacato tanto oriental (*VP* 112), como el galo, fueron una gran cantera de obispos y grandes obispos, como Atanasio, San Juan Crisóstomo, Epifanio de Salamina, Basilio, etc., estuvieron en inmejorables relaciones con los monjes. En general, en las fuentes del monacato oriental los obispos se encuentran en excelentes relaciones con los monjes.

#### TRABAJO DE LOS MONJES

A. Carandini ha publicado una documentada introducción a su soberbio libro sobre la villa de Piazza Armerina, en la que estudia el género de vida que llevaban los *possessores* dedicados a los baños, a las comidas, a los juegos, a las cacerías, y a las diversiones (teatro, hipódromo, luchas, etc.), a todo menos a trabajar.

La sociedad rica del Bajo Imperio vivía del trabajo y de la explotación de los *humiliores*, según se ha indicado ya. El monje, al revés, vivió del trabajo de sus manos, siguiendo el mandato de San Pablo, «quien no trabaja, no coma». Hilarión hacía canastas de junco, como los monjes de Egipto (Hier. *VH* 3.6), que trabajaban en una sala común (*RP* 5),

también se dedicaban a la viticultura (Hier. *VH* 17). A este trabajo hay abundantes alusiones en la *Historia Lausiaca*. En la Vida de Esteban de Libia se mencionan el trabajo manual y de tejer fibras de palmera (*HL* 24.2); en la de la virgen Piamun (*HL* 31.1), el tejido de lino; los trabajos manuales en la regla de Pacomio (*HL* 32.2) y más adelante se enumeran los distintos oficios de campesino, jardinero, carpintero, panadero, zapatero, calígrafo, tejedor de cestas, sastre (*HL* 32.12); el trabajo manual de Juan de Licópolis (*HL* 35.2); la copia de manuscritos, que en el siglo IV era considerada una práctica ascética (*HL* 32.12; 38.10 y 45.3; *Apophth. patri.* [Marc. 1]; Cass. *de int. cenob.* 5.39; Gerón. *HF. VM* 26). Hipatio y Timoteo vivían del trabajo de sus manos según la bibliografía del primero (*VH* 67), en la que se alude a los oficios de jardinero, de viticultor, tejedor, calígrafo, lavandero, curtidor, portero, ecónomo, arriero, enfermero, y el que recibía a los peregrinos. Todos los suyos ayudaban como obreros en la construcción de los edificios (*VH*. 120). Las citas se podían multiplicar, pero es suficiente las recordadas. En la Vida de Pacomio (28) se lee también una larga lista de los oficios, que desempeñaban los ascetas en el monasterio. Este trabajo manual explica satisfactoriamente las alusiones a las riquezas e ingresos de los monjes, que se leen en las vidas; así, de Serapión escribe un biógrafo Cililade Scythopolis (18.1) que «fue padre de numerosos monasterios y superior de una abundante comunidad de hermanos, alrededor de 10.000. Gracias a los trabajos de los hermanos, tuvo una gran administración financiera, pues al tiempo de la recolección, le aportaban el grano que cada uno había obtenido, como salario. Anualmente 12 artabas de trigo, alrededor de 40 modios. Todo este grano lo empleaban en socorrer a los pobres, de modo que no había ningún necesitado en los alrededores; también socorrían a los pobres de Alejandría. Del fruto del trabajo de los hermanos enviaban a los pobres de Alejandría navíos cargados de trigo, y de vestidos, siendo pocos los que entre ellos estaban necesitados». Pacomio encargaba a ciertos monjes piadosos vender los productos del trabajo de los ascetas, y procurarse los utensilios necesarios (*VP* 28). También se alude a que el cenobio tenía dos barcos, uno para vender los productos para atender a la subsistencia y a las otras necesidades del monasterio y el segundo a causa de las túnicas de los monjes (*VP* 113). Al final de la Vida de Pacomio (146) se lee este párrafo bien significativo de la riqueza que alcanzaban los monasterios: «Como lo hemos indicado ya, los hermanos habían adquirido muchos terrenos, y de este modo, después de algún tiempo, muchos navíos, porque cada monasterio construía sus barcos, tuvieron muchas preocupaciones terrenales. Cuando Teodoro vio que muchos monjes comenzaban a apartarse de los antiguos hermanos, en la manera de vivir...». Frecuentemente se alude en la vida de los ascetas a la riqueza de los monasterios. Así en la Vida de Eutimos (69) se lee que «había enriquecido el monasterio según sus fuerzas, y dejado de su herencia paterna 600 sólidos de oro». En la Vida de Sabas (147) que «envió una gran cantidad de oro de Bizancio a Montalaska, su villa natal, para que la casa de sus padres fuese transformada en iglesia de San Cosme y San Damián, como se hizo». Más adelante se recoge la noticia (152) que Hipatio ofreció 100 libras de oro respectivamente a la Santa Anastasis, al Santo Calvario, a la preciosa Cruz, y remitió a Teodosio y a Sabas 100 libras de oro para ser distribuidas a los monjes de la región.

Muchos monasterios terminaron por convertirse en importantes centros económicos, con amplia repercusión social. La Iglesia del siglo IV almacenó cuantiosas riquezas. Baste recordar la situación próspera de la Iglesia de Roma. A Dámaso, que manejaba riquezas fabulosas, le acusaban sus enemigos de andar a la caza de capitales. Algunos eclesiásticos,

como Nilo de Ancira, arremetieron contra esta acumulación de riqueza, tan poco evangélica. Este autor en «Sobre la pobreza voluntaria» (30) juzga, que es un culto a los bienes terrenos, las numerosas propiedades y los grandes rebaños de ganado, que poseían las instituciones religiosas.

La riqueza y el poder del obispo de Roma eran tan grandes que el prefecto de la ciudad, Vetio Agorio Pretextato, según Jerónimo (*Contra Jog. Hzeros.* 8) decía al obispo Dámaso: «Hazme obispo de Roma e inmediatamente me haré cristiano».

El número de monjes era muy elevado, lo que explica los ingresos fuertes de los monasterios y su riqueza. En la *Historia monachorum in Aegypto* se leen algunos datos importantes sobre el número elevado de ascetas de algunos cenobios. En el prólogo (10) se afirma: «Yo he visto una multitud inmensa de monjes, no sabría contarlos, que albergan gentes de todas las edades, en los desiertos y en los campos, tan numerosa que un rey no puede reunir con tan grande ejército. No hay aldea, ni ciudad en Egipto y en la Tebaida, que no esté rodeada de monasterios, como de una muralla». Alrededor de Oxyrhynco (5, 4), según se decía, había 5.000 monjes. El obispo gobernaba 10.000 monjes y 20.000 vírgenes (5.6).

#### VIDA DE ORACIÓN

La sociedad romana llevaba una vida disipada en la que los espectáculos, como el teatro, anfiteatro, circo<sup>24</sup>, etc., desempeñaban un papel importante, como espectáculos de masas. La sociedad del Bajo Imperio fue muy dada a estos espectáculos, como lo prueban los relieves de la columna de Teodosio en Constantinopla del 390 y las representaciones de los dípticos consulares, como el de Anastasio del 517, con escenas de *venatio* del 450, de Areobindo del 506, de los Lampadios, 425, etc., los relieves de Foligno y del Larerano, etc., o los mosaicos con carreras de carros de Gerona y Barcelona, Itálica, Mérida, Piazza Armerina, Gafsa, Cartago, Lyon, etc., y las continuas alusiones a los espectáculos en las obras de San Juan Crisóstomo (contra los juegos circenses y el teatro), etc. Los monjes se opusieron a los juegos, como Hilarión de Gaza (Hier. *VH.* 2.3): *non circi furoribus, non arenae sanguine, non theatri luxuria delectabatur*. Contra estos espectáculos hubo siempre una corriente adversa, por sus rituales consagrados a la tríada capitolina, como lo prueba la ley de Urso del 44 a. C. desde Tertuliano (*de spectaculis*) a Salviano de Marsella, a mediados del siglo V. La intervención de los ascetas acabó con los espectáculos de gladiadores. La vida de los ascetas fue todo lo contrario, una continua oración día y noche.

En la vida de Melania la Joven, la liturgia ocupaba gran parte de las horas del día, como señala Geroncio (*VM* 46-49). Ya antes de dedicarse a la ascesis, pasaba la noche en oración. Los oratorios privados estaban bien documentados (Ath. *de virg.* 20; Greg. Nac. *Or.* VIII, 18; Hier. *Ep.* XXII, 37; XXXI, 4; CXXX 15).

Los monjes se dedicaban a la plegaria y a la salmodia, como Hilarión, que, aunque en algunos párrafos de su vida no parece que hubiera distinción (Hier. *VH* 17), en otros son diferentes (Hier. *VH* 3.5; 21.4). Los anacoretas de Nitria hacia la hora de nona, cantaban los salmos (Pall. *HL* 7.5), que se consideraba oficio propio de los ángeles (Bas.

<sup>24</sup> A. CAMERON, *Circus Factions*, Oxford 1976.

*Hom. in psalm.* 1). Estos monjes iban a la iglesia sólo los sábados y los domingos a celebrar la eucaristía. En Hispania, ya en el siglo IV, se comulgaba todos los días. Los monjes sólo la celebraban los domingos (Pall. *HL* 33.2), al igual que la asceta Taor (Pall. *HL* 59.2) y las monjas del monasterio de Belén (Hier. *Ep.* 108.20). Palladio (*HL* 22.2) recoge la historia de una virgen que se pasaba toda la semana en el templo. Los monjes de Pacomio celebrarán la eucaristía igualmente el sábado y el domingo. Entonces se quitaban el vestido de piel de cabra y se ponían sólo el capuchón (Pall. *HL* 32.3).

#### INDEPENDENCIA ANTE EL PODER CIVIL Y RELIGIOSO

Uno de los aspectos más simpáticos del monacato es su absoluta independencia ante el poder político y religioso. La crítica al clero romano le costó a San Jerónimo huir de Roma. La crítica a la emperatriz de Bizancio a San Juan Crisóstomo, morir en el destierro. San Martín fue el único que se opuso rotundamente a la condena de los priscilianistas (Sulp. *Chrs.* II, 49.9-50.5; *Dial.* III, 12.3). Sabas demostró una gran independencia ante el emperador Anastasio, con motivo de las perturbaciones seguidas en el obispado de Jerusalén por la aceptación del concilio de Calcedonia y la oposición a las ideas de Nestorio y de Eutiques (Cyr. *VS* 143-144), a pesar de que poco antes el emperador le había ofrecido 1.000 sólidos áureos para los monasterios del desierto. Este asunto, después, motivó la intervención directa de Sabas y de sus monjes a favor de la fe de Calcedonia. En esta lucha intervinieron incluso los comandantes y soldados enviados por el emperador y hasta el propio *dux Palaestinae*, Olimpo de Cesárea. Todo el asunto estaba en función del nombramiento de unos u otros obispos ortodoxos o contrarios a Calcedonia y seguidores de Nestorio y de Eutiques, en los obispados de Antioquía y de Jerusalén. El emperador, que se inmiscuía en asuntos que no eran de su competencia, pues eran estrictamente dogmáticos, para los que carecía de preparación teológica, estuvo a punto de desterrar por la fuerza a Sabas y a su partidario Teodosio, que enviaron una carta muy valiente al emperador Anastasio en defensa de la fe ortodoxa (Cyr. *VS* 148-158). Este asunto motivó una serie de destierros, ordenados por el emperador, que sólo terminaron con su muerte (Cyr. *VS* 162).

El monacato, pues, significó un rechazo de la escala de los valores culturales de la sociedad del Bajo Imperio y del género de vida de la Iglesia oficial, en una época en la que el Imperio cristiano mantenía viva la cultura greco-romana y la asimilaba lentamente y la transmitía a las generaciones posteriores<sup>25</sup>.

No se le escapó al último gran historiador de Roma, el pagano Amiano Marcellino (23.3.1415), la dualidad que se observaba en la Iglesia cristiana entre el lujo escandaloso de los obispos de Roma, y su corrupción por la riqueza y el poder religioso y la vida sencilla de otros seguidores de Cristo. Con motivo de describir los acontecimientos sangrientos, que siguieron a la elección del Papa Dámaso, escribe: «Y yo niego, teniendo en cuenta el fasto de la vida de la Urbe, que cuantos aspiran a disfrutarlo tengan que luchar

<sup>25</sup> K. WEITZMANN *et alii*, *op. cit.* y principalmente *Age of spirituality: Late Antique and Early Christian Art, third to seventh Century*; K. Weitzmann, *Classical Heritage in Byzantine and Near Eastern Art*, Londres 1981; Id., *Greek Mythology in Byzantine Art*, Princeton 1951.



con todas sus fuerzas para alcanzar lo que desean, puesto que una vez que hayan alcanzado su objetivo vivirán tan libres de preocupaciones, que podrán enriquecerse gracias a las ofrendas de las matronas, podrán presentarse en público sentados en carruajes y ricamente vestidos y podrán organizar banquetes más fastuosos que los de los reyes. Pero podrían ser verdaderamente felices, si despreciando la grandeza de la Urbe, con la que encubren sus vicios, vivieran imitando a algunos obispos provinciales, a quienes la moderación en la comida y en la bebida, la simplicidad de su vestido y sus ojos entornados siempre al suelo recomiendan por su honestidad y buenas costumbres a la eterna divinidad y a sus verdaderos adoradores».